

**79**

***Ricardo Zuloaga (h)***  
***Las Virtudes de la***

# ***Libre Empresa***

El Centro de Divulgación del Conocimiento Económico “CEDICE” tiene como objetivo principal la búsqueda de una sociedad libre, responsable y humana. Las interpretaciones, ideas o conclusiones contenidas en las publicaciones de CEDICE deben atribuirse a sus autores y no al instituto, a sus directivos, a su personal académico o a las instituciones que apoyan sus proyectos y programas. CEDICE considera que la discusión de las mismas puede contribuir a la formación de una sociedad basada en la libertad y la responsabilidad.

Esta publicación puede ser reproducida, parcial o totalmente, siempre que se mencione el origen, autor de la misma y sea comunicado a nuestra institución.

Centro de Divulgación del Conocimiento Económico, CEDICE  
Diagramación: Dayana Lozano

Impresión: Representaciones Villegraf, C.A.  
Tiraje: 500 ejemplares  
Depósito Legal: If 5352003300751  
ISBN: 980-6073-70-3  
Caracas, Septiembre de 2003

Apreciado y consecuente amigo:

El Centro de Divulgación del Conocimiento Económico “CEDICE”, le entrega esta vez en su colección de Monografías, este ensayo que tiene mucha vigencia en la Venezuela de hoy y que fue presentado por el Doctor Ricardo Zuloaga (h), ante la II Convención Nacional de Empresas Juveniles de Venezuela en marzo de 1972.

Esta monografía cuyo titulo original fue *“Aporte del Sistema de Libre Empresa en el Desarrollo Socio-Económico de Venezuela”*, cuenta con una presentación y comentario final del profesor Emeterio Gómez, amigo apreciado del autor. Sabemos que este trabajo de Don Ricardo contribuirá en mucho a entender las bondades de la libre empresa y la iniciativa individual

**El Consejo Directivo**

## **PRESENTACIÓN**

En las actuales -terribles- circunstancias que vive Venezuela, una buena discusión sobre la Economía de Mercado y, en general, sobre la forma de organizar la producción y la sociedad, es vital. En algún momento deberá producirse un gran esfuerzo nacional hacia la reconstrucción del país, de su economía y sus instituciones; y entonces habrá llegado el momento de plantear con fuerza la modernización de nuestra nación. Es decir, la implantación -por fin- de una sociedad centrada en la competencia, la libertad individual, la iniciativa privada, la tolerancia, la autonomía de la conciencia individual, el Estado de Derecho, la democracia plena y el desarrollo del ser humano.

En ese momento y en ese contexto, el inmenso y sostenido esfuerzo que Ricardo Zuloaga ha hecho a lo largo de toda su vida para impulsar -entre nosotros- dichas ideas será recompensado. Han sido más de 40 años y toda la paciencia del mundo. La perseverancia puesta al servicio de un ideal, por demás noble: introducir o contribuir a introducir en Venezuela un tipo de economía y unas instituciones -el Mercado y el Estado de Derecho- que en otras latitudes permitieron superar la pobreza, incrementar la riqueza en forma masiva y elevar el bienestar material de toda la sociedad.

Estas ideas -la Economía de Mercado y la reafirmación de los derechos de propiedad- a las que Ricardo Zuloaga le ha dedicado toda su vida, se han retardado considerablemente en Venezuela. Alguien dijo alguna vez que el siglo XX había empezado para nosotros apenas en 1936, con la muerte de Juan Vicente Gómez... pero la Modernidad no ha llegado todavía. De los cuatro componentes culturales básicos que le permitieron a Europa -y más tarde a Norteamérica- pegarse ese salto inmenso que fue el siglo XVIII, sólo dos han podido desarrollarse, y a medias, en estas traumatizadas tierras: la Democracia y el Estado de Derecho, los dos pilares básicos para constituir, respectivamente, las esferas de lo político y lo jurídico.

Los otros dos componentes culturales básicos de la Modernidad brillan por su ausencia entre nosotros. El mercado, pilar sobre el que se constituye la economía; y la autonomía de la conciencia, fundamento de una Ética de la Libertad Individual, todavía no han encontrado donde aterrizar en Venezuela.

Cuando la idea de una sociedad centrada en la Libre Empresa se concrete en nuestro país, esto es, cuando el siglo XXI -que ya empezó para Chile y en alguna medida para Méjico- empiece finalmente en estas tierras, Ricardo Zuloaga habrá recibido la compensación que su vida merece.

Gracias a él por su amistad de tantos años, por habernos permitido hacer esta presentación y, más todavía, por dejarnos publicar, junto con su ensayo, un largo -y un tanto enrevesado-comentario sobre el mismo, sobre la primacía de la Economía de Mercado en el mundo de hoy y, tal vez lo más importante, sobre la necesidad de reflexionar acerca de la especificidad de dicha economía, en el periodo que para la humanidad se abre con la caída del Muro de Berlín y el desmoronamiento del Comunismo.

**Emeterio Gómez**  
Comité Académico CEDICE

**Charla dictada por Don Ricardo Zuloaga (h) en la  
II Convención Nacional de Empresas Juveniles  
Marzo de 1972**

Jóvenes empresarios:

Gracias a la invaluable colaboración del Dr. Joaquín Sánchez Covisa, presento el trabajo que voy a desarrollar hoy ante ustedes; en él se recoge en forma tan sucinta, como posible, una explicación de cómo, por qué y cuán bien funciona el sistema de libre empresa o libre iniciativa.

He creído que a pesar de su extensión, un trabajo de este tipo será no sólo de utilidad, sino también de interés para quienes acaban de vivir sus primeras experiencias como empresarios.

Junto con dar las gracias al Dr. Sánchez Covisa, aprovecho la oportunidad para recomendar a ustedes; como complemento de su formación práctica, la lectura regular de la *“Revista de Orientación Económica”*.

En esta Revista que está bajo su dirección, aparecen las opiniones más calificadas del pensamiento científico mundial en materia económica, y estudios, análisis y gráficos sobre distintos aspectos de la economía venezolana. Sus editoriales, expresión de los puntos de vista del Director, constituyen trabajos del más elevado contenido científico y están escritos con la claridad, sencillez y objetividad, que sólo es posible cuando se utiliza con honestidad la ciencia al servicio de la verdad.

### **Señores y amigos:**

Debo empezar esta charla declarando que el título con que aparece anunciada en el programa es, a mi modo de ver inapropiado. No expresa o expresa mal lo que debería decir.

Para aclararlo voy a recurrir a una analogía muy sencilla. El título se refiere al “Aporte del Sistema de Libre Empresa en el Desarrollo Socio-Económico de Venezuela”. Ahora bien, si entendemos correctamente la significación del sistema de libre empresa, preguntar cuál es su aporte en el desarrollo de Venezuela es algo así como preguntar cuál es el aporte del motor en la marcha de un automóvil. No es que el motor aporte poco o mucho. Es que es la razón por la que marcha. En rigor -y sigue valiendo la analogía-, el automóvil puede también marchar sin motor. Se le puede por ejemplo, empujar o remolcar, pero nadie dudará que no es un modo adecuado de hacerlo y que marchará con evidentes penurias y dificultades.

En el curso de esta charla he de tratar de explicar que algo parecido ocurre con el sistema de libre empresa y el desarrollo. Es posible que algunos de ustedes no estén del todo convencidos de esa tesis. Hay mucha gente en el mundo que la refuta, lo cual puede traer consecuencias tan serias para la sociedad, como tendría la destrucción del motor para la marcha del automóvil.

En el caso particular de Venezuela, la importancia crucial de la libre empresa se oscurece por una razón obvia: la presencia del petróleo. Pero otra vez la metáfora del motor resulta útil: el petróleo mueve a la economía venezolana, pero es, en buena medida, un motor artificial, un recurso económico que nos ha acostumbrado, o mejor dicho, mal acostumbrado, a vivir de la renta. Un motor lamentable que nos ha impedido desarrollar un proceso económico más auténtico, y sobre todo, autosostenido.



En todo caso, y a pesar de que mi exposición ha de ser necesariamente breve, espero que al final estén todos más dispuestos a aceptarla o a comprender al menos que es un problema que merece estudio y reflexión.

### **Desarrollo y Producción**

Como punto de partida de la charla reflexionemos en forma muy simple, sin entrar en la difícil terminología de los economistas, acerca de lo que entendemos por desarrollo.

El desarrollo de Venezuela, como el de cualquier otro país, puede ser entendido en último término, como el crecimiento permanente y autosostenido del bienestar material y espiritual de los venezolanos. Si admitimos -y en eso creo que todos estamos de acuerdo- que el desarrollo es algo hecho por el hombre y para el hombre, desarrollar a Venezuela es lograr que todos los que moran y trabajan en este país vivan mejor, tengan más y mejores alimentos, viviendas, vestidos, medicinas, libros, desarrollo moral y espiritual, medios de transporte, conciertos, espectáculos y diversiones, esto es, dispongan de un mayor abastecimiento de bienes y puedan disfrutar de una vida materialmente más próspera y espiritualmente más plena.

Ahora bien, la humanidad en su conjunto y cada país, en particular, consume un volumen de bienes cuyo valor es prácticamente igual al de los bienes que produce. Si Canadá, Suecia o los Estados Unidos tienen un nivel muy alto de vida y de consumo es porque producen, en promedio, un alto volumen de bienes. Si la India vive en dramáticas condiciones de pobreza, es porque produce, en promedio, muy poco. El producto por habitante de los Estados Unidos es aproximadamente cuarenta veces mayor que el de la India. Nosotros, al menos en los mejores momentos de nuestra historia, llegamos a producir aproximadamente diez veces más por habitante que la India, pero algo así como la cuarta parte de lo que produce los Estados Unidos.

Vemos así que, en un sentido muy general, desarrollar un país equivale a aumentar su producción. Entendamos bien, no se trata de producir cualquier cosa o de producir por producir. Hemos dicho que el desarrollo estaba al servicio del hombre. Se trata de producir los bienes adecuados para satisfacer las necesidades materiales y espirituales de los hombres y para proporcionarles por lo tanto una vida más completa y más feliz.

Eso nos lleva a una pregunta esencial: ¿Por qué se produce tan poco y por qué avanzan tan lentamente los pueblos por el laborioso sendero de la producción y del desarrollo?

### **Producción y Recursos Productivos**

Para producir hacen faltas tres cosas. La primera, y con mucho la más importante, es el trabajo humano. Producir es trabajar. Por eso es el hombre, no sólo la razón de ser, sino el agente principal y decisivo, el protagonista central de la economía y del desarrollo. La segunda es un elemento natural, que nos ha sido dado por el Universo o por Dios. Ello comprende tanto la tierra donde nos movemos y trabajamos como las sustancias del suelo y del subsuelo que extraemos, cultivamos y transformamos en la producción de los distintos bienes. La tercera son los instrumentos y equipos que el hombre utiliza en su trabajo y con los cuales manipula los elementos naturales. Allí se incluyen desde el hacha o el arado más primitivos hasta la computadora o la máquina más refinada del mundo tecnológico contemporáneo. Hombres, naturaleza e instrumentos -recursos humanos, recursos naturales y recursos instrumentales- son, por lo tanto, los tres elementos o factores indispensables de la producción y del desarrollo.

Ahora bien -y aquí llegamos al punto quizá más importante para comprender los problemas económicos de los pueblos- esos elementos

o recursos productivos son escasos. Existen en cuantía limitada, en relación a lo que se requiere de ellos.

El trabajo, esto es, el número de hombres capaces de realizar actividades productoras es un número fijo. Hoy, por ejemplo, hay en Venezuela unos diez millones de habitantes. En consecuencia sólo podemos producir lo que se logre con el trabajo de esos diez millones, o mejor dicho, con una cifra sustancialmente menor, ya que hay que deducir los niños, los viejos y los enfermos e inválidos que no pueden trabajar. Naturalmente esa población incrementa. Lo hace aproximadamente a una tasa de 2 % anual en el mundo y de 3½ % en Venezuela. Eso quiere decir que, por el simple aumento de la población podemos y debemos elevar anualmente la producción de Venezuela. En un 3½ %. Pero como el aumento de la población incrementa igualmente el número de consumidores y, por lo tanto, de necesidades, el volumen de la población es, en términos generales, prácticamente neutral.

Los recursos naturales están dados por definición al hombre, y, en cuanto tales, no son susceptibles de aumento. Puede quizá argüirse que esos recursos no son escasos son numerosos, ya que existen todavía innumerables tierras y riquezas naturales sin explotar. Ello es evidentemente cierto, pero no invalida la afirmación principal que sobre la escasez acabamos de hacer. En efecto, los recursos naturales están indirectamente limitados por la restricción de los recursos humanos y de los recursos instrumentales. Los recursos de lugares inexplorados o de regiones poco pobladas son, a los efectos prácticos, inexistentes, en tanto no dispongamos del trabajo humano, las vías de comunicación y los instrumentos necesarios para explorarlos y aprovecharlos.

Por último, los instrumentos y equipos de trabajo, que es lo que en economía se llama capital, son también limitados. Los diez millones de venezolanos tenemos hoy un cierto número de construcciones, plantas industriales, maquinarias, útiles e instrumentos -eso es lo que se denomina el capital de la nación- y sólo podemos producir lo que con ese

equipo se pueda producir. No podemos, por ejemplo, por los momentos, fabricar aviones ni computadoras; y no podemos tampoco cultivar más tierra que la que se puede cultivar con los tractores e instrumentos disponibles, ni producir más tejidos que los que se puedan elaborar con las maquinas y utensilios existentes.

Pero este tercer elemento, el capital, tiene una notable diferencia con los anteriores. En contraste con aquéllos, es susceptible de ser aumentado con relativa rapidez. Más, ¿cómo se aumenta? Se aumenta también con el desarrollo y con la producción. Se aumenta produciendo equipos, herramientas y bienes capital. Ahora bien, para producir más equipos e instrumentos hace falta dedicar una mayor cantidad del trabajo y equipos existentes a esa finalidad, y sustraerlos por lo tanto de la producción de bienes de consumo. De ahí que la limitación más importante que tiene el aumento de capital es que sólo puede hacerse a costa de restringir el consumo, lo cual es muy difícil de lograr en cuantía apreciable en sociedades humanas que consumen mucho menos de lo que necesitan para llevar una vida tolerable. En todo caso esa es la enorme significación del ahorro y de la inversión en la economía de los individuos y en la economía de los pueblos. Consiste, como hemos visto, en sustraer recursos del consumo actual para dedicarlos a la producción de capital, que sirva para aumentar el consumo futuro. Y ese es también -creo que es importante decirlo- el significado principal de la inversión extranjera. Mediante la inversión extranjera un pueblo puede aumentar su capital sin restringir su consumo, ya que esa inversión no se hace con sus propios ahorros, sino con el ahorro del pueblo del cual procede la inversión.

### **Limitación de Recursos y Desarrollo**

El hecho de que esos recursos productivos -recursos humanos, naturales e instrumentales- existan en cuantía limitada es la causa principal que limita el aumento de la producción y el ritmo del desarrollo. En efecto, si dedicamos suficientes recursos a una finalidad económica

determinada, podemos sin duda aumentar -posiblemente hasta hartarnos- la cantidad del bien correspondiente. Si destinamos, por ejemplo, todos los recursos de un país a producir arroz, a fabricar zapatos o a construir viviendas, podemos lograr un abastecimiento total de la población en arroz, en zapatos o en viviendas. El verdadero problema surge porque los recursos que se dedican a la producción de un bien se sustraen a la producción de todos los demás. No tiene sentido alojar cómodamente a la población y condenarla al mismo tiempo a morir por falta de alimentos; o producir una gran cantidad de alimentos para una población que carezca de vestidos, medicinas y aun medios de transporte para llevar esos alimentos a quienes lo necesitan. Eso sólo es imaginable en un mundo grotesco y de ficción, aunque no se diferencie demasiado de lo que en mayor o menor grado sucede en no pocos lugares del planeta.

Lo importante es percibir que el verdadero problema económico de los pueblos -el problema de la producción y del desarrollo- consiste en distribuir racional y equilibradamente los recursos productivos escasos entre la multitud de finalidades económicas a las cuales pueden destinarse. El problema esencial reside, por lo tanto, en esa escasez de los recursos productivos y en el hecho de que sólo pueden aumentarse a través de la inversión, a través de la capacitación de la población -que es también resultado de una inversión en investigación.

Esa realidad explica, en efecto, que el mundo sea hoy, en su conjunto, mucho más pobre de lo que imaginan los revolucionarios de pasquín y los autores de ciencia-ficción. Es útil mencionar, al respecto, unas simples cifras indicativas. Si el valor total de la producción anual de los Estados Unidos se distribuyese por igual entre todos los habitantes del país, después de deducir la parte que se dedica a reponer el capital consumido y la parte que destina el Gobierno a sus distintos gastos y servicios, lo que correspondería a cada ciudadano norteamericano, para la totalidad de sus gastos de consumo y para su ahorro, equivaldría a unos tres mil dólares anuales, esto es, unos doscientos cincuenta dólares

al mes. Cualquiera que tenga alguna noción de la vida norteamericana y de sus precios actuales percibirá que 250 dólares mensuales es una suma muy moderada, si no exigua. No es, ni por asomo, el nivel de la *dolce vita*. Ahora bien, estoy citando cifras del país que, con inmensa diferencia, es él más rico del mundo y tiene la producción por habitante más alta del planeta. Desde allí se inicia una vertiginosa escala descendente, cuyos tramos superiores, aunque a sensible distancia de los Estados Unidos, ocupan Canadá, ciertos países distantes del Pacífico - Australia, Nueva Zelandia-, y los países industrializados europeos, para concluir, en sus tramos más bajos, con la dolorosa miseria de inmensas zonas del mundo asiático, africano y de nuestro propio continente. Para aquellos que sean aficionados a las cifras agregaremos que esa cantidad mensual que correspondería a cada ciudadano sería en Francia de unos 600 a 700 bolívares, en Venezuela de unos 250 bolívares y no pasaría en la India de 25 ó 30.

### **La Organización y Distribución Racional de los Recursos Productivos**

Hemos visto en consecuencia que el problema del desarrollo, esto es, el problema del mejoramiento de las condiciones de vida de los hombres es, en último término, el problema de organizar y distribuir racionalmente los recursos productivos disponibles, a los fines de satisfacer del mejor modo posible -o del modo menos malo posible-, las necesidades presentes y futuras de la población. Es más, la consideración de que vivimos en un mundo pobre, azotado en inmensas zonas por ingentes privaciones y miseria, demuestra la inmensa responsabilidad que supone la adecuada solución de ese problema.

Ahora bien, la organización y distribución racional de los recursos productivos supone resolver a la vez una serie tan compleja como numerosa de preguntas. ¿Cuáles bienes, entre la inmensa multitud de bienes susceptibles de producirse, han de ser efectivamente producidos? ¿Cuál es la cantidad que se ha de producir de cada uno de ellos? ¿Cuáles son las técnicas, esto es, qué tipo de máquinas, utensilios y métodos o

sistemas productivos se han de utilizar? ¿En qué lugares y con cuáles recursos humanos, naturales e instrumentales concretos se han de producir esos bienes entre la inmensa cantidad de alternativas posibles?

Debo hacer aquí dos observaciones. La primera es puramente formal y de terminología. Cuando hablo de producir y de producción debemos entender esas palabras en el sentido en que la usan los economistas. Incluye, tanto la producción propiamente dicha, como el transporte, el comercio y la prestación de servicios. Una actividad es productiva en la medida que satisface una necesidad humana. Es igualmente productiva en tal sentido, la actividad del agricultor que cultiva tomates, la del transportista, que los lleva a los centros de consumo, y la del comerciante, que almacena y distribuye el producto entre las familias que lo necesitan. La segunda observación es, por el contrario, de fondo y extremadamente importante. La manera de resolver esa multitud de interrogantes condiciona sustancialmente el mejoramiento o el empeoramiento del nivel de vida de los pueblos. Si se resuelven mal, si se produce más de lo que se necesita menos, y menos de lo que se necesita más, si se usan técnicas, o máquinas o procedimientos antieconómicos, si se produce en lugares inadecuados o con elementos o recursos inapropiados, descenderá el rendimiento del conjunto y se agravarán las bajas condiciones de vida de los hombres. Si se resuelven bien, si la respuesta que se formule en cada caso se aproxima al óptimo deseable, no lograremos ni con mucho el paraíso terrenal, ya que vivimos en un mundo de recursos escasos, pero lograremos elevar el nivel de vida de los hombres al máximo posible y aseguraremos sobre todo su mejoramiento constante y progresivo.

Ahora bien, la adecuada solución de esa serie de interrogantes supone adoptar una inmensa cantidad de decisiones en una inmensa serie de problemas concretos que se presentan todos los días, en todos los lugares del país y en todas las unidades productoras, y que afectan real o potencialmente al trabajo de todos los miembros de la sociedad y

al uso de todos los recursos naturales y de todos los instrumentos y equipos disponibles.

Algunas de las figuras más sobresalientes de la ciencia económica han representado matemáticamente ese problema a través de un sistema de ecuaciones con un inmenso número de incógnitas. Pero han recurrido a esa representación para mostrar la consistencia lógica del problema y la interrelación recíproca de sus magnitudes, percibiendo claramente que es numéricamente imposible de resolver. En efecto, el número de ecuaciones y de incógnitas de ese sistema es tan grande como desconocido; son igualmente desconocidos los valores de los parámetros; se desconocen asimismo las relaciones funcionales que vinculan los parámetros y las incógnitas; y, por último, esos parámetros, incógnitas y relaciones funcionales -que se desconocen o son imposibles de conocer- están sujetos a incesantes modificaciones.

La computadora más poderosa y refinada resultaría impotente ante ese problema. Las computadoras procesan en efecto, con precisión y velocidad inigualables, los datos que reciben, de acuerdo con un programa predeterminado. Más, en este caso, no podemos plantear problema alguno, ya que no podemos conocer la multitud de variables referentes a las necesidades y preferencias de cada uno de los miembros de la población, a la disponibilidad de cada uno de los recursos, a los procedimientos técnicos que se pueden utilizarse en cada una de las unidades productoras y en cada uno de los lugares del país y las relaciones funcionales que entrelazan, en una totalidad interdependiente, esa multitud de datos variables. En el supuesto impensable de que pudiéramos recoger esos datos e incluirlos en un gigantesco programa, los resultados carecerían de valor práctico, porque una inmensa cantidad de esas variables y relaciones se habrían modificado durante el tiempo inevitable que llevaría la recolección y preparación material de las mismos.



Si un habitante inteligente de otro planeta -el marciano de las historietas infantiles- llegase a la tierra y se le dijese que ese es el problema que tenemos que resolver para que la población del globo terráqueo, y de cada uno de sus países, se alimente y satisfaga medianamente sus necesidades esenciales, dictaminaría sin duda alguna que esa población estaba irremediabilmente condenada a morir o a llevar a lo sumo una vida miserable.

### **Mercado y Precios**

Para fortuna de los habitantes de este planeta y para admiración de ese marciano imaginario, en el curso de la historia se ha creado un mecanismo ordenador que resuelve satisfactoriamente ese ingente problema. Como casi todas las creaciones fundamentales de las sociedades humanas -la rueda y el fuego en el orden técnico, el dinero y el crédito en el orden económico, la familia y el Estado en el orden social- es algo que no ha inventado nadie en concreto, sino que ha surgido espontáneamente como resultado de la necesidad de resolver racionalmente los problemas técnicos, económicos y sociales que suscita la vida humana. Ese proceso casi milagroso es el mecanismo del mercado y de los precios. Pues bien, el empresario, como agente, y la libre empresa, como sistema, son los instrumentos que organizan y distribuyen los recursos productivos de una comunidad regida por ese instrumento ordenador.

Es imposible explicar en el breve espacio de una charla, ni aun de varias charlas similares, la forma como opera el mercado, el mecanismo de los precios y la acción de los empresarios independientes. Gran parte de la obra de la ciencia económica - desde sus inicios en el siglo XVIII hasta nuestros días- está en efecto dedicada al análisis e investigación de ese proceso.

A pesar de ello, y a riesgo de que la excesiva simplificación desfigure la exposición, voy a tratar de bosquejar algunos rasgos generales del mercado.

En la libre economía de mercado los precios de los distintos recursos productivos reflejan la escasez relativa de los mismos, esto es, el grado de importancia que tiene para la satisfacción de las necesidades de la comunidad. Por eso vale más el trabajo de un técnico o un obrero calificado que el de un obrero sin calificación. Por eso vale más una tierra fértil o bien situada que una tierra árida o de difícil acceso. Los precios de los productos terminados -y especialmente de los bienes de consumo- reflejan asimismo, a través del efecto que ejerce la demanda sobre la existencia disponible, la importancia relativa que les atribuye la comunidad, Por eso valen más los artículos más escasos que los artículos menos escasos. Y por eso oscilan más los precios de los productos terminados que los de los recursos originarios, ya que la disponibilidad de los productos terminados oscila fuertemente por efecto de la producción.

Cuando el precio de un producto es mayor que su costo de producción, esto es, que la suma de los precios de los recursos dedicados a producirlo, ello significa que la comunidad valora más ese producto que los recursos empleados en él, por lo cual es socialmente conveniente dedicar a su producción un número mayor de recursos. Cuando por el contrario, el precio de un producto es inferior a sus costos de producción, ello significa, a la inversa, que la comunidad valora menos el producto que los recursos necesarios para producirlo, por lo cual es socialmente conveniente dedicar menos recursos a su producción, so pena de dilapidar los recursos escasos disponibles.

El empresario, en cuanto agente que combina y organiza los recursos productivos -los recursos humanos, naturales e instrumentales- en las distintas unidades productoras, orienta sus decisiones de acuerdo con esas señales o módulos indicadores. Produce aquellos productos cuyo

precio cubre el costo de producción, incluyendo naturalmente en el costo la remuneración que le corresponde por el esfuerzo y el riesgo que asume, lo cual es un recurso tan indispensable como los demás. No produce o deja de producir, en cambio, aquellos productos cuyo precio no cubre el costo de producción. Guiado así por el mecanismo de los precios dirige los recursos productivos hacia los productos que responden a las preferencias de la comunidad.

Por otra parte, el costo de producción depende no sólo del precio de los recursos empleados en su producción, sino de la eficiencia que despliegue el empresario en la combinación y organización de esos recursos y del acierto que tenga en la adecuada localización de la empresa. Dicho costo puede oscilar, entre un mínimo socialmente irreductible y un máximo teóricamente infinito. La competencia entre empresarios actuales y potenciales desplaza a aquéllos que producen a costos elevados y tiende por lo tanto a lograr que todos los productos se produzcan al costo mínimo socialmente posible y que el precio al cual se venda a los consumidores coincida con ese mínimo social, que es lo que podemos llamar el precio final de equilibrio del sistema.

Cualquier cambio en las necesidades y preferencias de la comunidad -los consumidores demandan, por ejemplo, más cantidad del bien A y menos cantidad del bien B- repercute inmediatamente en los engranajes del sistema. El precio del bien A aumentará por encima y el precio del bien B descenderá por debajo de ese precio de equilibrio que cubre sus respectivos costos de producción. Ello motivará que los empresarios incrementarán la producción del bien A -mediante la expansión de empresas existentes o la creación de otras nuevas- y disminuirán la producción del bien B -mediante la contracción de empresas existentes o el cierre de otras, que serán además las que estén en peores condiciones de competencia, y, por lo tanto, las más ineficientes. Ese proceso continuará hasta que, como consecuencia del aumento de la oferta de A y la disminución de la oferta de B disminuya el precio de A y aumente el precio de B hasta situarse de nuevo en sus niveles de equilibrio.

Cualquier descubrimiento de nuevos o mejores recursos o cualquier innovación tecnológica tendrá similares repercusiones. Disminuirá el costo de producción de los empresarios que utilicen esos recursos o adopten esa mejora tecnológica e inducirá a un aumento de la producción del bien correspondiente hasta que la competencia restaure de nuevo un precio -el de equilibrio del sistema- equivalente a su nuevo costo de producción.

Mediante la libre acción de los empresarios en el seno del mercado competitivo, se logran así tres resultados igualmente importantes para la correcta solución del problema antes expuesto. En primer término, se hace un uso escrupuloso de los recursos escasos, dedicando el mínimo socialmente indispensable a la producción de cada uno de los bienes. En segundo lugar, los recursos escasos disponibles se dedican a la producción de aquellos productos que prefiere la comunidad; y se produce además cada uno de ellos en la cuantía que corresponde a su grado de urgencia respectivo. En tercer lugar, se ajusta constantemente el uso y distribución de los recursos disponibles a las necesidades variables de la población, a los progresos e innovaciones de la tecnología y a los cambios en la disponibilidad de los diferentes recursos.

### **La libre empresa y el beneficio empresarial**

La libre empresa y el empresario desempeñan así una función decisiva e insustitible en la solución del problema de la producción y del desarrollo, esto es, en la organización y distribución racional de los recursos productivos de la comunidad.

El beneficio empresarial es una pieza esencial de ese proceso. El esfuerzo tenaz y vigilante del empresario en torno al estado de ganancias y pérdidas es, en efecto, el instrumento que dirige las actividades productoras y promueve el aprovechamiento racional de los recursos.

El incentivo de los beneficios, asegura, en efecto, una continua vigilancia sobre los costos, con lo cual tiende a reducirse el de cada producto al mínimo socialmente posible y tiende a evitarse la inútil dilapidación de recursos productivos. Asegura además, tanto la orientación de los recursos hacia las finalidades en las que son socialmente más necesarios, como su incesante desplazamiento en función de los requerimientos de la población y de las innovaciones de la tecnología.

La vigencia de un régimen competitivo tiende, por otra parte, a reducir el nivel de esos beneficios hasta el mínimo necesario para remunerar el esfuerzo y el riesgo empresarial. Un beneficio superior al normal atraerá obviamente nuevos competidores, y tenderá a ser eliminado a través de una mayor producción y oferta del producto correspondiente. Tiene por lo tanto una duración transitoria, que será tanto más breve cuanto más alto sea el beneficio y más atraiga por lo tanto la competencia de otros empresarios. Un beneficio inferior al normal tiende, a su vez, a ser eliminado a través de una disminución de la oferta correspondiente. Tiene igualmente una duración transitoria, ya que ninguna empresa racional actuará duraderamente con pérdidas. Más lo importante en uno u otro caso es que esos beneficios superiores o inferiores al normal constituyen señales o medios de transmisión de información que ordenan desplazar recursos productivos de las actividades donde son menos urgentemente requeridos hacia aquéllas en las que son más urgentemente requeridos.

El beneficio empresarial constituye, por último, un instrumento singularmente flexible y eficaz para seleccionar, remover y renovar constantemente a los hombres que han de dirigir y organizar los recursos productivos. Desplaza a aquellos que producen con pérdidas y cumplen mal esa labor, y premia y promueve a aquellos que la desempeñan con eficacia y aprovechan por lo tanto adecuadamente los recursos productivos de la comunidad.

Mucha gente, impulsada por las supersticiones ideológicas que luego hemos de comentar, no sólo ignoran la función insustituible que desempeña el beneficio del empresario, sino que hacen las más disparatadas elucubraciones sobre su cuantía. Contemplan sólo, de ordinario, los casos excepcionales de empresas que obtuvieron altos beneficios, sin pensar en aquellas que han sufrido pérdidas o en la inmensa multitud de las que obtienen beneficios normales que mueven incesante y eficientemente los engranajes de la economía.

Es quizás instructivo mencionar algunas cifras referentes a los Estados Unidos, esto es, al país al que la opinión universal considera el máximo exponente de fabulosas ganancias capitalistas. Pues bien, si se suman los beneficios que obtienen la totalidad de las corporaciones y sociedades de capital norteamericanas, por sus actividades en todos los sectores de la economía y en todos los Estados de la Unión y por sus cuantiosas inversiones en todas las regiones del mundo, la cifra global asciende aproximadamente al 5% del producto nacional de los Estados Unidos; y casi la mitad de ese 5% es reinvertido por las propias empresas en el proceso productivo. Esa delgada capa superficial es la que asegura la eficiencia y el dinamismo del sistema y es la que ha contribuido decisivamente al enorme valor del producto y al alto nivel de vida del pueblo norteamericano.

### **Las imperfecciones y los supuestos de la libre empresa**

En ese somero bosquejo del sistema de libre empresa he expuesto lo que los sociólogos y economistas llaman hoy un modelo simplificado. En cuanto tal, no refleja más que los grandes contornos del paisaje y prescinde de sus múltiples detalles, irregularidades e imperfecciones.

Hago esta observación para advertir que no pretendo en modo alguno afirmar que vivimos, como creía el famoso personaje de Voltaire, en el mejor de los mundos posibles. En primer lugar, porque en ninguna parte del mundo funciona a su plenitud una economía racional de

mercado. Pero además, porque el funcionamiento real del sistema, como el de toda institución humana, implica fricciones, irregularidades y desajustes que son a veces fuente innecesaria de injusticia y de dolor. Entre ellos cabe mencionar los que refieren al desempleo y subempleo de la fuerza de trabajo, al monopolio, a las imperfecciones de la competencia y a las consecuencias de la desigual distribución del ingreso. A pesar de su evidente importancia, no es posible que me refiera a ellas en el curso de esta charla. No puedo por lo tanto señalar lo que hay de cierto y lo que hay de falso en las imputaciones que con ocasión de ellas se formulan al sistema. Lo importante es subrayar que, para corregir las deficiencias del sistema y mejorar sus resultados, hemos de comprender y respetar sus mecanismos funcionales. De la misma manera que para corregir los defectos de una máquina, debemos estudiar su funcionamiento, y no destruir sus resortes, al modo del niño que rompe el juguete defectuoso pensando que por arte de magia va a surgir uno mejor. Hemos de comprender que el sistema de libre empresa y el libre mecanismo de los precios no es, como imaginan ciertas ideologías obsoletas, un invento caprichoso de capitalistas voraces, sino un complejo sistema cibernético, forjado lentamente en el curso de la historia, que suministra el único camino posible para resolver, en beneficio de todos, el ingente problema de la producción y del desarrollo.

Ha llegado el momento de observar que el Estado tiene una misión trascendental e insustituible en el funcionamiento de ese sistema. La economía de mercado y el sistema de libre empresa sólo pueden existir si existe un Estado poderoso y bien organizado, que comprenda los mecanismos funcionales del mercado, que imponga un régimen de libertad y de derecho, que asegure el respeto de las personas y de los bienes, que garantice el cumplimiento de los contratos, y que establezca, en general, los supuestos jurídico-políticos indispensables para el funcionamiento eficiente de la economía. Ese Estado es el que -con excepciones, restricciones y regresiones ocasionales más o menos largas- ha regido en el mundo occidental en el curso de los dos últimos siglos.

Son justamente los dos siglos en que ha tenido un inmenso desarrollo el sistema de libre empresa. Son también los dos siglos en los cuales la humanidad ha logrado un progreso económico, social y tecnológico incomparablemente mayor que en todos los siglos y milenios anteriores de la historia.

Corresponde además al Estado corregir y complementar las insuficiencias de los sistemas y cooperar así positivamente en el proceso progresivo de la producción y del desarrollo.

Le corresponde, por una parte, una función esencial en la creación de lo que los economistas han denominado bienes colectivos o públicos, como son los que componen la infraestructura física de la economía, y en el mejoramiento de las condiciones sanitarias y educacionales generales de la población. Le corresponde además -en el mundo actual- una función igualmente importante en el establecimiento de un sistema monetario ordenado y estable que permita el desenvolvimiento articulado del proceso productivo. Le corresponde asimismo adoptar las medidas que faciliten y estimulen los procesos de transformación de la economía y que la compensen y corrijan, sin perturbar los mecanismos generales del sistema, las oscilaciones indebidas del proceso productivo y las situaciones concretas en que el mercado no proporcione en forma manifiesta una solución socialmente satisfactoria.

Por último el Estado tiene el deber de observar e investigar sistemáticamente las realidades y procesos de la economía con el propósito directo de planificar racionalmente sus actividades globales o generales y con el propósito indirecto de suministrar las estadísticas e informaciones que estimulen y faciliten la actuación de empresarios e inversionistas actuales y potenciales. Este es, en efecto, el verdadero sentido de los organismos estatales de planificación.

Como puede verse, la esfera de acción del Estado es tan amplia y compleja como indispensable para el desarrollo adecuado de una



economía de mercado racionalmente organizada. Lo incongruente en muchos casos -y no me refiero sólo a nuestro país, sino a todos o a casi todos los países del mundo- es que el Estado, impulsado por emociones, pasiones, o intereses, hace muchas veces lo que no debe hacer, y omite en cambio lo que debe hacer; planifica lo que no sabe ni puede planificar, y olvida o descuida la planificación de lo que tiene el deber ineludible de planificar. Con el supuesto propósito de favorecer el interés general, limita la competencia, establece regulaciones, restricciones y privilegios discriminatorios y destruye o perturba mecanismos indispensables para asegurar el aprovechamiento racional de los recursos productivos.

No se trata, en modo alguno, de oponer, frente a la acción del Estado, un *laissez faire* utópico e indefendible. Se trata de deslindar, en nombre de un principio de eficacia social, lo que corresponde hacer a la libre empresa en el seno del mercado competitivo y lo que es misión específica e irreductible del Estado.

Un reflejo permanente y paradójico de esa situación es el hecho de que -en Venezuela, y en general en los países del Tercer Mundo- existan empresas estatales que producen a costos indebidamente altos y dilapidan los fondos del contribuyente y los recursos productivos de la comunidad, al mismo tiempo que el propio Estado carece de los recursos más indispensables para los servicios sanitarios, educacionales y de asistencia a los menores; en tanto que la libre empresa se ve en la necesidad de organizar actividades que, como las de protección a los bienes y a las personas, integran la misión primaria y esencial del Estado.

### **La economía colectivista**

El motivo más poderoso de esa perversión de las funciones estatales se deriva de la influencia de una ideología que sostiene que el Estado debe asumir la planificación y control de la producción y de la economía. Hay todavía hoy -a catorce años de la caída del Muro de Berlín y del desmoramiento del mundo comunista- demasiada gente que piensa así.

Algunos de esos hombres y mujeres tienen una respetable cultura general y profesional, pero carecen de una comprensión adecuada de la economía. No pocos están inducidos por un noble sentimiento de protesta ante la pobreza y la injusticia, pero ignoran las posibilidades y medios efectivos de remediarlas. Los más activos están iluminados por una especie de nueva fe o revelación teológica, en virtud de la cual se sienten dueños del universo y facultados para imponer a los demás, por cualesquiera medios de coerción, los dogmas ideológicos que profesan.

La concepción socialista, colectivista o comunista imagina que los problemas se han de resolver satisfactoriamente mediante la eliminación de la libre empresa y del mercado; la nacionalización de los medios de producción; y el control y planificación estatal de la economía. Desconoce -dicha concepción- la naturaleza y la magnitud del problema esencial de la economía y supone que puede ser resuelto por órdenes emanadas de una Oficina Gubernamental de Planificación.

Las consideraciones expuestas anteriormente, en las cuales hemos indicado la inmensa complejidad del problema de organizar y distribuir los recursos productivos, y la gigantesca y cambiante cantidad de variables y decisiones que entraña, son suficientes para percibir que esa solución escapa a la capacidad de cualquier grupo de hombres, por mucha que sea su inteligencia, competencia y honestidad. ¡Y por mucho que, en las últimas décadas, la computación y la cibernética se hayan desarrollado como herramientas que facilitan los cálculos!. La ineficiencia del sistema colectivista o comunista se reflejará en el uso de cada uno de los recursos, en la organización de cada uno de los sectores económicos y de cada una de las unidades productoras; y, sobre todo, en la interrelación recíproca de las distintas unidades y sectores del conjunto de la economía. Los resultados inevitables han de ser: costos excesivos, insatisfactoria calidad de los productos, desproporciones en las actividades productivas, estrangulamientos y paralizaciones de procesos esenciales, acumulación de mercancías inservibles o inoportunamente producidas, duplicación e insuficiencia de funciones,

colas y racionamiento, esto es, en general, un bajo rendimiento de la economía, y una tremenda dilapidación de los recursos de la comunidad. No es otro, en efecto, el espectáculo que nos ofrecen, con ligeras variantes, los esfuerzos que hoy hace el Gobierno venezolano para construir o impulsar una economía distinta de la Economía de Mercado.

Lo grave de este sistema y lo que explica la atracción que ejerce algunas veces sobre espíritus poco preparados es que puede esconder su fracaso detrás de aparentes y ostensibles realizaciones.

Veamos dos aspectos de sobresaliente importancia, que están por lo demás, estrechamente ligados entre sí.

Por una parte, el control total de los recursos productivos por una autoridad central, permite concretar un volumen muy grande de recursos en algunos sectores privilegiados, en los cuales se pueden obtener, a los costos que fuere, resultados tan visibles como impresionantes. Es lo que ocurría, por ejemplo, en la Unión Soviética, con las industrias militar, espacial, pesada y energética. Son, además, por la propia lógica del sistema, aquellos sectores que tienen más relación con la potencia militar y el prestigio político de la minoría que detenta el poder. Ocurre así que, por obra y gracia de la planificación central, una población insuficientemente alojada, insuficientemente alimentada, insuficientemente vestida y carente de las más elementales comodidades de la vida doméstica y social, destina recursos ingentes y desproporcionados a realizaciones militares e industriales de ninguna o remota significación para el bienestar de la comunidad. Es ya clásica la comparación de esas realizaciones con las Pirámides del antiguo Egipto, construidas con la miseria y el sudor de las más as para gloria y exaltación del Faraón. Un pensador francés observaba recientemente que la URSS era un extraño país donde se dilapida el acero por millares de toneladas y donde son mercancías raras las hojillas de afeitador y la aguja de coser.

Por otra parte, la ausencia del mecanismo ordenador del mercado, no sólo reduce la productividad de las diversas unidades productoras y del conjunto general de la economía, sino que lleva a confundir dos enfoques cuya distinción es esencial para el adecuado aprovechamiento de los recursos: el enfoque técnico y el enfoque económico de los problemas. Es evidente que la solución técnicamente óptima no coincide muchas veces con la solución económicamente óptima. Eso lo sabe cualquier padre de familia, que, condicionado por las realidades primarias de su economía, no adquiere la refrigeradora técnicamente superior, ni el mobiliario técnicamente mejor, a costa de dejar sin comer a sus hijos, sino aquellos que se ajustan a la distribución racional de sus ingresos limitados. Eso lo sabe cualquier empresario, que rechaza una máquina, que es técnicamente insuperable, pero que es excesivamente costosa en relación con la producción o las dimensiones de su empresa y que, significaría, en cuanto tal, una evidente dilapidación de recursos. Pero eso es algo que no saben los dirigentes de la economía de planificación central. O mejor dicho, es algo que ni siquiera pueden saber, pues carecen de la guía del mercado para calcular, a través de los costos y de los precios, la rentabilidad y eficiencia social de las distintas inversiones. Sucede así que el Estado colectivista puede hacer inversiones técnicamente prodigiosas, que suscitan la justa admiración de los hombres (también la suscitaría la refrigeradora de nuestro ejemplo a los amigos del padre de familia) y que se exhiben orgullosamente en los informes de los gobernantes y en las páginas gráficas de los folletos de propaganda, pero que implican una dilapidación neta de los recursos de la comunidad. Es sin duda muy grande, aunque muy difícil de medir, el grado en que esa confusión distorsiona y disminuye el rendimiento de las economías de planificación central. Es en todo caso conveniente destacar la importancia de este problema, porque es el mismo que se presenta, si bien en grado afortunadamente menor, en los países de economía libre, cuando el Estado ejecuta inversiones técnicamente espectaculares sin tener en cuenta las realidades del mercado.

Esa improductividad y esa dilapidación generalizada de recursos productivos han originado, después de medio siglo de vigencia del sistema, un sentimiento de frustración en los economistas y espíritus inteligentes del mundo socialista, y los ha inducido a replantear ideas y conceptos. Hoy se piensa en algunos círculos de esos países sobre liberalización y descentralización de la economía, sobre el restablecimiento del beneficio y del interés como medio de medir y vigilar la eficiencia de las empresas y de las inversiones. Se habla incluso, cuando se puede hablar, de competencia y de mercado, y se contrapone, en tal sentido, a la actual economía autoritaria, la imagen ideal de una economía socialista de mercado. Se empieza así a comprender lo que cualquier economista medianamente preparado del mundo occidental sabía y comprendía desde hace mucho tiempo. No es este el lugar para analizar lo que hay de inteligente y generoso y lo que hay de utópico e ilusorio en ese intento de conciliar la estatización de la economía con los requerimientos de un mercado competitivo. Tampoco lo es para distinguir lo que tiene de utópico en el campo de las ideas y lo que tiene de utópico en el campo de la realidad. La historia reciente nos ha mostrado que el intento checoslovaco de aproximarse a esa solución ha sido aplastado por los tanques dirigidos por los Gobiernos de planificación central.

### **La combinación de sistemas**

La economía de mercado y la economía colectiva son por esencia incompatibles. La economía de un país no puede estar regida a la vez por las decisiones coercitivas de un poder central y por las libres decisiones de empresarios guiados por el mecanismo de los precios.

Es, sin embargo, evidente, que un sistema puede contener ingredientes más o menos importantes del otro. En los países comunistas existen sectores limitados donde se deja cierto margen de acción a la empresa e iniciativa privada. Funcionan además, con el riesgo de incurrir en fuertes sanciones, mercados clandestinos, donde se efectúan

transacciones sobre una serie de productos. En los países regidos por la libre empresa existen empresas y sectores estatificados o sometidos a regulaciones estatales más o menos rígidas. Tales hechos no cambian la sustancia del régimen económico, pero modifican en mayor o menor medida, según la forma como se apliquen y las características concretas de cada pueblo, la eficiencia general del sistema.

La inserción o la actuación, autorizada o clandestina, de ciertos sectores libres en las economías de planificación central estimula y vivifica la productividad de dichas economías. Tal inserción ha contribuido poderosamente, por ejemplo, a evitar que el abastecimiento de artículos alimenticios haya dado lugar a situaciones catastróficas. La introducción, en las economías libres, de empresas y sectores estatificados o rigurosamente regulados crea en esas empresas y sectores, y, a través de ellos, en los restantes sectores de la economía, las rigideces, ineficiencias y desperdicios inherentes a la dirección estatal del proceso económico. Esos efectos negativos son tanto más intensos cuanto más se desvía la regulación de las realidades del mercado y cuanto más se somete la empresa a las directrices e interferencias del poder político. A la inversa, son tanto menores, cuanto menos se desvíe la regulación de la solución competitiva y cuanto más descentralizado e independiente sea el funcionamiento de la empresa.

Ello no significa que en determinadas circunstancias no sea necesario recurrir en una economía libre a ciertas regulaciones estatales. En las realidades empíricas no pueden mantenerse nunca posiciones absolutas. También el cuerpo humano requiere a veces muletas y equipos ortopédicos. Pero significa que deben aplicarse con plena conciencia de sus implicaciones, y, en particular, del costo social que imponen de ordinario a la comunidad. Lo que es generalmente falso e ilusorio es imaginar que han de servir para incrementar el ritmo de desarrollo o para acelerar la eficiencia, dinamismo y creatividad de la economía.

El desarrollo de la economía, como el de la propia vida humana, es un incesante proceso dinámico, cuyos últimos elementos constitutivos, son, al igual que en la empresa libre, el riesgo y la innovación, el esfuerzo y la iniciativa de cada día y de cada hora. Si no se quiere incurrir en la arterioesclerosis característica del sistema socialista, la empresa y la economía han de estar siempre sujetas a las transformaciones e iniciativas que impone un mundo cambiante y que son las que llevan a niveles constantes de superación la vida de los hombres y de los pueblos. Recordemos incidentalmente que las dos principales potencias industriales del planeta son hoy los Estados Unidos, en el mundo occidental, y la URSS, en el mundo comunista. Ambas compiten en el número y calidad de sus armas nucleares, cohetes, submarinos y vehículos espaciales, esto es, en los sectores que resultan de una concentración masiva de recursos, a un alto costo social, en manos del Estado. Sin embargo, todas las innovaciones tecnológicas y prácticas que han revolucionado y mejorado en los últimos tiempos la vida del hombre común -desde los antibióticos hasta los transistores, desde los aparatos electro-domésticos hasta los sistemas de preparación y conservación de alimentos, desde los plásticos hasta las fibras artificiales- se han desarrollado en los Estados Unidos, en Japón y en los países occidentales europeos al calor y bajo el impulso de la libre empresa. No proceden de los sectores estatificados ni menos de los países que han aherrojado sus economías en el lecho de Procusto del colectivismo socialista.

### **La indivisibilidad de la libertad**

Voy a terminar esta charla con una breve alusión a un tema que es quizá el más importante de todos los que he tratado de exponer. Es el que se relaciona con lo que se ha llamado la indivisibilidad de la libertad.

El sistema de libre empresa descansa necesariamente en la libertad de consumo, de trabajo y de profesión, en la libertad de comercio y la libre disposición de los bienes, esto es, en la libertad de los hombres para moverse como les parezca y cuando les plazca y hacer con su persona y

con sus bienes lo que responda a su propio e irreductible criterio individual. Implica por lo tanto, una sociedad pluralista, donde el Estado impone, por medio de la Ley, el interés general, pero donde multitud de hombres, empresas, y entidades compiten libremente con sus ideas, con sus esfuerzos y con sus recursos. Es por ello consustancial con un régimen socio-político basado en el Estado de Derecho, el cumplimiento de la ley y el respeto a las libertades del individuo.

El comunismo se basa, por el contrario, en el control estatal más o menos completo de las actividades relacionadas con la producción, el trabajo y el consumo, esto es, de aquellas que integran la mayor parte del quehacer humano, a través de órdenes y mandatos dictados por las autoridades políticas. Implica la concentración del poder político, económico y social en el Estado, el cual ejerce, por lo tanto, a la vez que el monopolio del empleo, el monopolio de la producción ¡y aun el monopolio de la verdad!. Conduce por ello a la regulación estatal de casi todas las actividades de los hombres y a la superación progresiva de todas las libertades, máxime si se tiene en cuenta que la ineficiencia del sistema obliga a silenciar las críticas que arriesguen el prestigio y el cumplimiento de las órdenes de gobernantes y planificadores. Es el Estado que León Trotsky, un hombre nada sospechoso de simpatías hacia la libre empresa, sintetizó críticamente en la famosa frase *“El que no obedece no come”*.

Esas son las razones generales que muestran el carácter indivisible de la libertad. La libertad es una sutil sustancia espiritual que rige en todas las esferas de la vida social o tiende a sucumbir en todas. Por ello es imposible conciliar el comunismo, el socialismo colectivista, con la libertad. Es imposible conciliar la libertad del individuo con la vigencia de un sistema que regula, limita y restringe con el poder coercitivo del Estado, la mayor parte de los actos de la vida individual. Es más, como hemos visto, ese sistema no sólo es incompatible con la libertad, sino también con el desarrollo, entendiendo por desarrollo no la simple producción material de bienes o la realización de inversiones más o



menos costosas o espectaculares, sino el aprovechamiento racional de los recursos productivos en beneficio del hombre y del desenvolvimiento libre e integral de su personalidad.

Es este un tema de filosofía política y social muy serio en el cual no podemos desafortunadamente extendernos. En todo caso, creo que, para percibir su significación, es útil dirigir una mirada al mundo en que vimos.

Si recorremos, de Norte a Sur y de Este a Oeste, el mapa de nuestro planeta, veremos que todos los países -sin una sola excepción-, desde Cuba hasta Corea del Norte, en los cuales se ha establecido duraderamente un régimen socialista de planificación central, son países donde rige una dictadura política monopartidista, que ha suprimido la libre expresión de las ideas, la libertad de reunión y asociación, las garantías del ciudadano, y aun, en casi todos los casos, la libertad de salir del país y de moverse en el propio territorio nacional. A la inversa, todos los países -también sin una sola excepción-, desde Canadá hasta Suiza y Australia, en los cuales ha existido en forma duradera y estable un régimen de respeto a las garantías ciudadanas y a las libertades individuales, son países cuya economía se basa en los principios de la libre empresa.

El Profesor Röpke, el eminente economista alemán, que fue expulsado de su Cátedra de la Universidad de Marburgo por el colectivismo totalitario de los nazis y que había de ser más tarde uno de los inspiradores principales de la recuperación económica alemana, resumía su pensamiento sobre este tema en las siguientes afirmaciones. “La superioridad de la economía libre sobre la economía socialista o colectivista radica esencialmente en el hecho de que es la única compatible con un régimen de libertad y de respeto a la dignidad del hombre. Aunque fuese económicamente menos eficiente y produjese menos riqueza social tendríamos la obligación moral de defenderla”. Sin embargo -concluía-, para suerte de todos, “...es además inmensamente

más eficiente y adecuada para producir bienestar y prosperidad a los pueblos”.

Creo, amigos míos, que, a pesar de que he tenido que exponer cosas muy complejas en una forma muy elemental y he tenido que omitir innumerables aspectos y problemas , podrán ustedes comprender por qué decía al comienzo de mi charla que su título era inapropiado. No se trata, en efecto, de que la libre empresa aporte mucho o poco al desarrollo de Venezuela. Se trata de algo más serio y profundo. Se trata de que es la única vía que hace posible la libertad y el desarrollo, el único camino que puede poner la economía al servicio del hombre y lograr el mejoramiento efectivo y duradero de las condiciones materiales y espirituales de vida de los miembros de la comunidad.

Tanto los que somos empresarios, como los que aspiran a serlo, debemos tener conciencia de la función social que desempeña el empresario al organizar adecuadamente las empresas, al mejorar sus costos y su tecnología y al vigilar cuidadosamente sus resultados económicos. Pero debemos sobre todo comprender que el sistema económico basado en la libre empresa, el mercado competitivo y el mecanismo de los precios, es el único que puede asegurar el desarrollo económico de Venezuela y la libertad y el bienestar de los venezolanos.

## **COMENTARIO**

**Emeterio Gómez**

**COMENTARIO**

**Emeterio Gómez**

Cuando -hace 30 años- Ricardo Zuloaga escribió este ensayo que hoy comentamos, estaba en su apogeo la discusión acerca de las virtudes y defectos de la Economía de Mercado, en comparación con otros “modos de producción”, con otras formas básicas de organizar la economía... y la sociedad. Era 1972 y todavía el socialismo representaba una esperanza para buena parte de la humanidad. Estaba ya herido de muerte y era evidente que no podría competir con el Capitalismo, pero algunas esperanzas se mantenían en pie, algunas postreras ilusiones le quedaban todavía a la utopía comunista.

Las “Tercera Vías” proliferaban por doquier. El “socialismo democrático” -la quimera póstuma- daría todavía mucho de que hablar. Hasta que el derrumbe del Muro de Berlín acabó de raíz con todas aquellas ilusiones infantiles: desde el “comunismo salvaje” de Stalin, hasta el más moderado de Allende. *La Primavera de Praga* de 1968, con Dubcek a la cabeza; el *Compromiso Histórico* del Partido Comunista Italiano, capitaneado por Berlinguer; y en nuestro lejano terruño, el *Movimiento al Socialismo*, inspirado por Petkoff, fueron tres muestras de las últimas esperanzas generadas por Marx y el Manifiesto Comunista. En 1989 el castillo de naipes se desplomó. La Economía de Mercado había ganado la partida. Limpia y contundentemente. Corea del Norte y Cuba sobrevivirían para dar fe de la tristeza y la tragedia que el ser humano es capaz de generar.

### **El eterno final de las utopías**

Treinta años más tarde, provoca evocar aquellas polémicas, aquellas ideas pueriles según las cuales el comunismo y la democracia eran perfectamente conciliables. No para regodearnos en la clara victoria del mercado -regodeo memorable que le hizo mucho daño al liberalismo en los años inmediatamente posteriores a 1989 y que se plasmó en la insensatez suprema de Francis Fukuyama y el *Fin de la Historia-*, sino para aprovechar las valiosas enseñanzas de aquellos fértiles años.

Hoy podemos afirmar, sin que nos tilden de radicales extremos, algo que hace 30 años era tenido por una clara muestra de fanatismo: que, hasta nuevo aviso ¡no hay alternativas a la Economía de Mercado, como forma básica de organizar la sociedad!. Que no hay, ni en la realidad concreta, ni aun en la mente de los más afiebrados críticos del Capitalismo, ningún modo de producción capaz de sustituirlo, ni mucho menos ningún modelo alternativo de sociedad. **Multitud de hechos lo muestran.** No lo demuestran porque la historia no es precisamente el terreno en el que se pueda demostrar nada, pero lo ponen en evidencia.

#### **Repasemos seis de esos hechos:**

- a) Lo ya dicho: ni a los más virulentos antiglobalizadores se les ha ocurrido asomar la menor idea acerca del modelo de sociedad que podría sustituir al Capitalismo; el comunismo marxista era la única “verdadera” alternativa y fracasó estruendosamente.

Una buena muestra de esta crítica radical al Capitalismo, que no llega a formular -porque no puede formular- un modelo alternativo de sociedad, es el libro *Imperio*, de Antonio Negri y Michael Hardt. Estos autores, después de haberse paseado por la profunda crisis que vive la humanidad; luego de haber apelado a los inmensos -y poco fructíferos- esfuerzos que han hecho los *filósofos postmodernos* para repensar el Capitalismo; habiendo citado a dos de ellos, Deleuze y Guattari, cuando afirman que “No nos falta comunicación, al contrario, tenemos demasiada. Lo que nos falta es creación. Nos falta resistencia al presente”; nuestros dos fervientes anticapitalistas -Negri y Hardt- terminan su libro con un capítulo cuyo título no podría ser más desolador, cuando de crearle alternativas al Capitalismo se trata: *La multitud contra el Imperio*.

- b) China ¡Comunista!, mucho antes que cayese el Muro de Berlín, dió un clarísimo viraje hacia el Capitalismo. El maoísmo había

sido tan solo un mecanismo masivo de acumulación de capital que les permitió un rápido acceso a la Economía de Mercado. Y en noviembre del 2002, en el “no se cuantos” Congreso del Partido Comunista Chino, se produjo un hecho inaudito que debería inducir una reflexión profunda no sólo en el Gobierno venezolano actual, claramente volcado hacia el totalitarismo, sino también en todos aquellos que se empañan en seguir creyendo que son comunistas, tal como ocurre en Venezuela con algunas fuerzas políticas ya volcadas hacia la democracia: ¡en dicho Congreso se aceptó que los “compañeros capitalistas” podían formar parte del Comité Central del PC Chino!

Habría sido un espectáculo fascinante ver las caras de los neototalitarios de todos los países -¡uníos!- cuando leyeron esta noticia. Pero no la cara de los *camaradas* serios que ya saben que no tienen ningún modelo alternativo que oponer al Capitalismo, sino la de aquellos que todavía siguen creyendo que ellos sí lo tienen, el modelo insigne e inenarrable de una “Economía Social”.

- c) Rusia y todo el resto del antiguo mundo socialista, con grandes dificultades y retardos, avanzan también lenta, pero sistemáticamente, hacia la Economía de Mercado, el Estado de Derecho, la democracia, la iniciativa privada y la libertad individual.
- d) En la esfera de las ideas más profundas, aquella en la que se generan los modos de producción y los modelos de sociedad, en el plano en el que desde hace 400 años se gestaron todas las utopías imaginables, no sólo no se está ahora cocinando nada distinto del Capitalismo, sino que hasta las críticas al supuesto “pensamiento único” han perdido fuerza. Ya nadie cree de verdad que el enfoque liberal, el que le sirve de apoyo a la Economía de Mercado, pretenda ser “pensamiento único”. Cada

vez se hace más evidente que la democracia y la libertad tienen su expresión más contundente, precisamente, en el plano de las ideas: ninguna sociedad, excepto la Civilización Occidental, genera un poderoso y fluido “mercado” para las discusiones intelectuales y para la oferta de modelos alternativos de sociedad.

Cada vez es más claro que la globalización, en lugar de ir hacia un “pensamiento único” -sesgado a favor de la empresa privada, las transnacionales o el “Imperio”- va sin duda hacia un *mercado global único de las ideas*, del cual necesariamente surgirán los modelos de sociedad que tal vez algún día sustituirán al Capitalismo.

- e) Ni aun en Chile o en Inglaterra -los dos países en los cuales el experimento neoliberal fue más profundo; las dos economías en las que el esfuerzo por superar el paternalismo estatal y por reinstaurar el mercado fue más lejos-, ni aun en esos casos, a nadie se le ocurrió frenar dicha reinstauración, o cambiar el modelo económico centrado en la desestatización y la apertura a la competencia, una vez que el laborismo, la socialdemocracia, la democracia cristiana ¡y aun el socialismo! volvieron al poder.
- f) Finalmente, lo que ocurrió en Chile y en Inglaterra, en China Comunista y en Rusia, lo que poco a poco han ido comprendiendo los movimientos antiglobalizadores y los críticos del supuesto *Pensamiento Único*, ha terminado por generalizarse a todo el mundo. Hoy, salvo algunos escasísimos ilusos que en regiones remotas todavía creen que tienen en sus cabezas febriles un modelo de sociedad capaz de sustituir al Capitalismo; salvo ellos, “todo el mundo” sabe hoy que, hasta nuevo aviso, no hay alternativas ante la Economía de Mercado.



Hoy, “todo el mundo” sabe que podemos hacerle al Capitalismo las modificaciones o *humanizaciones* que querramos, que podemos pensar en un Capitalismo Solidario, Capitalismo con rostro humano, Economía Social de Mercado, etc., pero que no podemos atentar contra el criterio básico de la rentabilidad y la búsqueda del lucro -¡individual o corporativo!- como motor del proceso. Que no están dadas todavía las condiciones para que la solidaridad y el altruismo sustituyan a aquellos principios sobre los que Adam Smith estructuró la Economía de Mercado: el egoísmo y la maximización de la ganancia. Porque -hasta nuevo aviso- el hombre pareciera estar más cerca de las bestias que de la anhelada “imagen y semejanza de Dios”.

### **Los 7 motores que impulsaron la contundente victoria de la Economía de Mercado.**

En lugar de engolosinarnos con el triunfo del Capitalismo; en vez de dedicarnos a pregonar un ingenuo *fin de la historia* -en el que el mercado, la democracia, el Estado de derecho y la autonomía de la conciencia individual ya no dejarían espacio para futuras transformaciones sociales-, vale más bien la pena hacer dos cosas: Una, revisar las razones o motores que condujeron a esa victoria, para reforzar hasta donde sea posible la confianza en el mercado. Y dos, tratar de atisbar las posibilidades de mejorar este modelo de sociedad, de corregir sus fallas profundas, sus deficiencias estratégicas; que las tiene. Al primero de dichos temas nos dedicaremos en esta sección, y al segundo en la próxima.

Para reforzar la confianza en el Capitalismo, nada mejor que revisar la potencia que emana de 7 de los factores que lo constituyen, 7 de los muchos motores que lo impulsan; a saber:

#### **a) La primacía del valor de cambio sobre el valor de uso.**

Todavía hoy -a catorce años del desmoronamiento del socialismo y desvanecidas ya todas las utopías alternativas al Capitalismo- aún hoy, hay gente que cree que “la economía debe estar al servicio del hombre”, que debe ser inminentemente “Social”, que ella puede tener como objetivo la satisfacción **directa** de las necesidades, **sin pasar por el mercado**. Estamos ya en el siglo XXI, y seguimos creyendo erróneamente que darle a la economía un contenido ético, o humano, es poner en primer plano la producción de *valores de uso*, es decir, de bienes y servicios destinados al consumo, en desmedro de la producción de valores de cambio, esto es, de bienes y servicios destinados al mercado, al impersonal y despiadado “libre juego de la oferta y la demanda”.

Todavía hoy, al menos en el Tercer Mundo, cuesta hacerle entender a la gente que la forma más eficiente y poderosa de producir *valores de uso*, la forma más eficaz de satisfacer más masivamente las necesidades ¡y de acabar con la pobreza!, es producir *valores de cambio*, bienes destinados al mercado... ¡y no al consumo! Usamos expreso frases provocadoras como esta última, para poner de relieve la radical diferencia entre el Valor de Uso y el de Cambio: la matriz más profunda de la que emana la fuerza del Capitalismo. **La producción de bienes, no para satisfacer necesidades de manera directa, sino para ser intercambiados.**

Cuando se produce para el intercambio, en lugar de hacerlo para la satisfacción directa de las necesidades, la potencia del proceso económico se torna muy superior; en cierta forma se hace infinita. El comercio -aun sin que nadie se lo proponga- constituye a la totalidad de los hombres que conviven en una sociedad en una unidad, en una estructura social cuya fuerza aparece ahora centuplicada. Es el punto de partida de Adam Smith, la propensión al intercambio, el fundamento básico de la sociedad capitalista.

Esta primacía del valor de cambio sobre el valor de uso -que no siempre tenemos presente- merece ser enfatizada, ahora que empieza a ser una realidad la Globalización. Porque la fuerza absolutamente incontenible de ésta reside allí: en producir bienes para el mercado mundial y no para sí mismo, la familia, el feudo, el municipio, la provincia o el país. A enfatizar esta fuerza inmensa del Valor de Cambio tendremos que dedicarnos en Venezuela, una vez que salgamos de esta pesadilla que pretende, precisamente, darle primacía al valor de uso y no al de cambio, es decir, superponerle la barbarie a la civilización, el conuco a la empresa capitalista.

**b) La necesidad de competir.**

Tal como enfatiza Ricardo Zuloaga en su ensayo, la competencia, la posibilidad cierta de poder entrar -con la más absoluta de las libertades- en cualquier mercado en el que la tasa de ganancia esté por encima de la remuneración normal del capital, es otro de los poderosos motores de la Economía de Mercado. Nada estimula más la productividad, la eficiencia, el desarrollo tecnológico y, en consecuencia, la capacidad de generar riqueza, que la certeza de que si no logramos avances en todos esos planos, algún competidor lo hará y nosotros terminaremos desplazados.

Pero no se trata sólo de la competencia entre empresas. Es la necesidad de competir a todos los niveles y en todas las esferas. Entre los gerentes, obreros, ahorristas, inversionistas, proveedores, distribuidores... y barrenderos. La necesidad de competir se convierte así en una poderosa fuerza motriz no sólo de la economía, sino de algo mucho más importante: **del desarrollo pleno del ser humano**. La competencia sana incrementa no sólo las ganancias, sino también el crecimiento espiritual de las personas.

Pero hay una segunda virtud de la competencia que supera en importancia su capacidad para incrementar la productividad y la generación de riqueza; es su influencia decisiva sobre la distribución

del ingreso. Tal como también señala Zuloaga, si existe libertad plena para entrar a competir en cualquier mercado, cada vez que en uno de ellos la tasa de la ganancia sea considerada alta, ese mismo hecho atraerá nuevos competidores y dicha ganancia se repartirá entre muchos más. Entre tantos como -con entera libertad y según su propio criterio- consideren que vale la pena entrar a competir en dicho mercado. Y lo mismo vale para cualquier profesión, oficio o actividad.

La competencia misma se convierte así en un poderosísimo mecanismo de **distribución** -no de redistribución, y mucho menos de redistribución compulsiva, sino de distribución libérrima- del ingreso. ¡Donde quiera que prive la libertad plena, cada vez que una ganancia, salario, sueldo, prima, tasa de interés o simple “rebusque” sea demasiado alto, afluirán competidores y las remuneraciones tenderán a repartirse más equitativamente!

Dadas las restricciones que cada mercado específico impone, esto es, dado su tamaño y las valoraciones de los nuevos competidores -que son los únicos capaces de juzgar si vale la pena competir-, ¡cada quien tenderá a recibir un ingreso proporcional a su aporte al proceso productivo, es decir, a la sociedad! El salario tenderá a igualarse a la productividad marginal del trabajo, o sea, a lo que el obrero le aporta a la nación; la tasa de interés tenderá a igualarse a la productividad marginal del capital monetario y el beneficio empresarial a la productividad marginal del capital real.

### c) **La acumulación de capital**

Alguna gente se niega -con buenas razones- a llamar Capitalismo a la Economía de Mercado. La palabra “capitalismo”, alegan, proviene de Marx, no alude al intercambio ni a la libertad individual que constituyen lo esencial de la sociedad generada alrededor del mercado y todo ello -insisten- termina generando confusiones.

Con todo el respeto para dichas posiciones, creemos que no sólo es legítimo identificar Capitalismo y Economía de Mercado, sino que conviene -además- rescatar aquel término, porque él alude a uno de los rasgos más esenciales de dicha economía. Un aspecto que no se expresa en conceptos tales como mercado, valor de cambio, intercambio, economía de libre empresa o sociedad constituida alrededor de la libertad individual. Nos referimos, por supuesto, a la acumulación de capital.

La primacía del valor de cambio sobre el de uso, y la necesidad de competir, son los dos motores primarios de la Economía de Mercado; pero la acumulación de capital -la utilización de una parte de la producción, no para consumirla, sino para reinvertirla- es un mecanismo que incrementa ilimitadamente la capacidad de producir. Desde el hombre primitivo, que renuncia a parte de su consumo inmediato a fin de producir herramientas, hasta la descomunal más a de capital invertida en el proyecto Genoma, la cibernética o la conquista del espacio, se trata siempre de iniciativas que incrementan ilimitadamente la capacidad de producir bienes y servicios. Un motor que, como veremos más adelante, genera cambios profundos en la naturaleza más esencial del Capitalismo.

Conversión de “trabajo vivo” en “trabajo muerto”, llama Marx a la acumulación de capital, en ese afán suyo de sostener la tesis central de toda su teoría, una idea tonta que se cuenta entre las que más daño le han causado a la humanidad: aquella según la cual ¡el trabajo es la única fuente del valor de cambio! Una tesis insensata que por más de 100 años entusiasmó a los revolucionarios de todo el mundo: que ni el capital, ni el empresario ¡ni la escasez! generan valor, que sólo el trabajo, esto es, la clase obrera, puede generarlo.

**d) La Ciencia y la tecnología.**

La acumulación de capital va indisolublemente ligada, por supuesto, al uso de la ciencia y la tecnología como instrumentos para ampliar la capacidad productiva; pero éstas merecen un lugar aparte como motor que impulsa a la Economía de Mercado. Desde la más burda división del trabajo, hasta la informática más compleja, el desarrollo científico y tecnológico ha sido uno de los propulsores básicos de la sociedad capitalista.

No es necesario detenerse demasiado en un hecho tan evidente, pero vale la pena enfatizar el ritmo desbocado al que éste se desarrolla. Desde la Revolución Industrial que, a mediados del siglo XVIII, le dió un vuelco radical al Capitalismo, hasta el sol de hoy, las grandes revoluciones científicas se han sucedido una tras otra, a velocidades enervantes, presionando de manera incontenible la expansión del sistema.

Los poderosos estímulos gracias a los cuales la Economía de Mercado -a su vez- impulsa el desarrollo de la ciencia y la tecnología, hacen que sea casi imposible competir con este *modo de producción*. Tanto la primacía del valor de cambio sobre el valor de uso, como la competencia y la acumulación de capital, los tres motores que ya hemos reseñado, como los otros tres -la conversión del conocimiento en capital, la racionalidad avasallante que genera la necesidad de maximar la ganancia y la fuerza que deriva de la creatividad y la libertad individual-, todas estas fuerzas inciden sobre el desarrollo científico y tecnológico hasta tornarlo incontenible, desbordado ¡difícil de canalizar!

Es ese factor -la ciencia y la tecnología- el que mejor expresa y sintetiza los cambios espectaculares que la Civilización Occidental ha experimentado en los últimos 400 años. A principios del siglo XVII, la tecnología europea no difería sustancialmente de la que dicho continente ostentaba 4.000 años antes, ni de la que para las mismas

épocas imperaba en las civilizaciones orientales. Cuatro siglos más tarde, las diferencias son abismales.

El carácter vertiginoso del desarrollo científico y tecnológico hace imposible que otro modelo económico pueda competir con el Capitalismo, pero hace también que éste tenga que volcarse a la incorporación de la ética como componente explícito de la Economía de Mercado. Problemas como el crecimiento económico sustentable, la defensa del ambiente, la responsabilidad social del capital -en la lucha contra la pobreza- y la preocupación por el desarrollo humano, que estaban implícitos en la ética endógena inherente al mercado (aquella que garantiza la distribución justa del ingreso), aparecen ahora como un planteamiento explícito y, sobre todo, exógeno.

e) **El Capital Humano y la conversión del conocimiento en capital.**

La Civilización Occidental ha convertido el conocimiento en tecnología. La ciencia incrementa la capacidad de producir mercancías y, sobre todo, capital. Pero en las últimas décadas del siglo XX comenzó a desarrollarse un proceso radicalmente nuevo, inédito: la conversión del conocimiento, él mismo, en mercancía y en capital. Las máquinas, las herramientas, los edificios, los medios de transporte y las autopistas empezaron a desmejorar su valor ante una forma mucho más valiosa del capital: el conocimiento.

La primacía del conocimiento -convertido en capital- por sobre las máquinas y aún por sobre la propia tecnología, dió origen a un concepto decisivo, *El Capital Humano*, destinado a tener consecuencias profundas. Porque la primacía de las facultades cognoscitivas, por encima de las máquinas y de toda otra forma de capital, conecta explícitamente el proceso productivo con el desarrollo del hombre. En la noción de *Capital Humano* el énfasis está puesto todavía en el capital, pero allí está ya, de alguna forma -

en el adjetivo-, la meta esencial de todo el proceso: la persona humana. Allí asoma ya la noción más importante de todas las que en este terreno pudieran plantearse: **la conversión, no ya del conocimiento, sino del desarrollo ético y espiritual en capital.**

Con la conversión del conocimiento en mercancía y en capital, empieza a plasmarse una idea trascendente: que el desarrollo espiritual del Ser Humano podría traducirse en un crecimiento masivo de la capacidad de generar riqueza... **y ganancias.** Aparece allí un claro puente entre el conocimiento y la ética, un puente al que aludiremos más tarde: ¡preocuparse por el hombre en su totalidad -y no sólo por su productividad o eficiencia- puede resultar altamente rentable!

Pero más allá de las cruciales implicaciones éticas que asoman en la conversión del conocimiento -y del Ser Humano en su totalidad- en capital, cabe destacar por ahora el inmenso impulso que todo ello significó para el Capitalismo... y para la liquidación o inviabilidad de cualquier modelo económico alternativo. La sola noción de *capital humano* es, de hecho, una refutación brutal al núcleo más profundo de la teoría marxista del valor, de esa insensata idea según la cual sólo el trabajo crea valor, y de la presunta contradicción irresoluble entre el capital y el trabajo. Una refutación que tuvo mucho que ver, que influyó decisivamente, sobre el triunfo aplastante del mercado y la desintegración del comunismo.

**f) La racionalidad radical que la tasa de la ganancia impone.**

Aunque muy ligada a todos los factores antes mencionados -y, especialmente, a la lógica avasallante que la competencia impone-, la racionalidad radical con la que operan los agentes económicos es un motor claramente independiente, entre los muchos que impulsan al Capitalismo. La propensión a maximizar la ganancia o la utilidad, y el afán de minimizar los costos o el esfuerzo, son pulsiones demasiado



profundas en el hombre, que le dan tanto a la ciencia económica como a la Economía de Mercado toda la contundencia que tienen.

El afán de maximizar la ganancia es, sin duda, la categoría decisiva que conforma la actividad económica. El famoso fragmento de Adam Smith, “no le pidas al cervecero ni al panadero que produzcan pan o cerveza para satisfacer las necesidades de los demás, pídeles que lo hagan porque eso aumentará sus ganancias”, sigue siendo el criterio básico que organiza la producción capitalista. Es lo que Ricardo Zuloaga tan claramente destaca en su ensayo: nada, ni el sistema más perfecto de información que el hombre pueda desarrollar, es capaz de conformar una sociedad compleja en la que cientos de millones de hombres están permanentemente reestructurando sus preferencias a fin de maximizar o minimizar -simultáneamente- multitud de funciones.

La racionalidad radical que el Ser Humano impone en el proceso capitalista, es a su vez el fundamento de otra estructura básica de este tipo de economía: **la rentabilidad**. La maximización de la ganancia y la minimización de los costos conducen al uso más eficiente de los recursos escasos, a la necesidad de obtener de cada uno de ellos el mayor retorno posible. Y así como la competencia se le impone no solamente a las empresas, sino a la totalidad de los hombres, con la rentabilidad ocurre lo mismo. En ello reside otra de las potencialidades más profundas que el Capitalismo tiene.

**g) La creatividad, la libertad individual y la iniciativa privada.**

Pero la fuerza fundamental del Capitalismo no reside en ninguno de los seis factores antes mencionados, por muy poderoso que cada uno de ellos sea. La potencia avasallante del mercado no reside en el intercambio, en la necesidad de competir, la acumulación de capital, la ciencia y la tecnología, el capital humano o la racionalidad, reside en la infinita creatividad del Ser Humano, potenciada por la libertad

individual y la iniciativa privada. Es éste el motor principal que activa e impulsa a todos los demás.

El Capitalismo no se desarrolla más ivamente, a partir del siglo XVI, por casualidad, ni es el producto de alguna necesidad histórica, tal como Marx “científicamente” supuso. El mercado surge como remate de un largo proceso en el cual la libertad individual y el carácter esencialmente **activo y creativo** del hombre se hicieron realidad en la sociedad anglosajona. Ni el mundo antiguo, ni el medieval, tuvieron conciencia plena de esas dos nociones: la creatividad del Ser Humano y la libertad individual. En Grecia la *polis*, la ciudad-Estado, y en el Medioevo la religión, privaron de manera radical sobre el individuo. En aquélla, el que se preocupaba por su vida privada era llamado *idiot*a; y en la Edad Media, a pesar que el libre arbitrio se consideraba ya como inherente a la persona, la cosmovisión dominante liquidaba cualquier asomo de libertad individual.

A partir del Renacimiento, la condición activa del hombre, la libertad individual, la creatividad y la iniciativa privada, estallan incontenibles. Era difícil negar la capacidad humana de **crear** cuando se tenía delante a Leonardo, Miguel Ángel o Caravaggio. Era la libertad del individuo frente al Estado, la religión, Dios, la sociedad y la naturaleza. En el siglo XVII, Descartes da el giro decisivo hacia la subjetividad y hacia el Yo plenamente libre. El proceso se hizo incontenible en la Revolución Industrial y en las grandes formulaciones del liberalismo clásico. Entre 1781 y 1790, en “las tres críticas”, Kant, plasma toda la fuerza de la Autonomía de la Conciencia Individual, el fundamento último de la libertad. La Revolución Francesa fue el remate lamentable de esos tres siglos fascinantes; el Totalitarismo de Rousseau -emulado hoy en Venezuela- cobró demasiadas víctimas .

La capacidad humana de crear y la libertad individual le daban así al Capitalismo una fuerza trascendente, muy superior a todo lo que pudiese provenir de los 6 factores mencionados en las secciones anteriores. Entre otras cosas, porque la creatividad y la libertad los engloban, amalgaman y sintetizan a todos ellos.

### **La Economía de Mercado se evalúa a sí misma.**

Hay, como acabamos de ver, demasiados hechos -abrumadores, además- que ratifican el triunfo de la Economía de Mercado sobre el comunismo, el socialismo, el intervencionismo estatal, las terceras vías, la “economía mixta” o la “social”. Hechos que permiten sustentar la que, en nuestra opinión, podría ser la hipótesis básica de cualquier comprensión del proceso de globalización que hoy vivimos: hasta nuevo aviso no hay sustitutos o alternativas para la Economía de Mercado, no hay nada que enfrentarle al Capitalismo.

Venimos de desarrollar esta hipótesis, pero vale la pena enfatizarla: la caída del comunismo no se produjo por un ataque del mundo capitalista y, ni siquiera -nos atrevemos a decir- por la presión que éste ejerció sobre aquél, se produjo por la manifiesta inviabilidad del comunismo, por la imposibilidad práctica de organizar -¡mediante la planificación estatal!- una sociedad que pretenda, de verdad, darle poder a las grandes masas. Bajo un régimen autoritario, aplastada la gente por una clase dominante -política o religiosa-, es posible pensar en la planificación estatal y en una economía que no sea de mercado; pero en una sociedad que pretenda seriamente darle poder a la población (en concordancia con sus preferencias o inclinaciones ideológicas, y respetando la libertad individual!), la planificación estatal se torna obviamente imposible.

Es por eso por lo que China, que aún se autoproclama comunista, se vuelca decididamente hacia el Capitalismo. Y es por eso que el laborismo

y la democracia cristiana que -en Inglaterra y Chile respectivamente- sucedieron a la Thatcher y a Pinochet, asumieron abiertamente la Economía de Mercado.

El Capitalismo ha triunfado nítidamente, pero en estos 14 años que nos separan de la caída del Muro de Berlín, se ha impuesto un proceso masivo y esencial que era impensable mientras duró la confrontación con el comunismo. Nos referimos a la necesidad del Capitalismo de evaluarse a sí mismo, de revisar a fondo no sólo aspectos esenciales como los que Ricardo Zuloaga acertadamente menciona en su sección *Las imperfecciones y los supuestos de la Libre Empresa*: “Entre ellos cabe mencionar los que refieren al desempleo y subempleo de la fuerza de trabajo, al monopolio, a las imperfecciones de la competencia y a las consecuencias de la desigual distribución del ingreso”. El Capitalismo está ante la necesidad de revisar también otros aspectos de su propio funcionamiento.

Es la necesidad de asumir la moral como un problema que atañe a la sociedad en su conjunto y, más específicamente, al sistema capitalista como un todo y no sólo a cada empresario en particular, a cada agente económico aislado. Hasta ahora, la Economía de Mercado -en cuanto a la moral atañe- sigue rigiéndose por el valioso principio asumido por Adam Smith hace 227 años: cada empresario individual se rige por sus valores morales, en tanto que de la ética, la justicia o la legitimidad, a nivel del conjunto del sistema, se encarga un *mecanismo impersonal*, la mano invisible del mercado, el libre juego de la oferta y la demanda; capaz -sin duda- de garantizar **¡en la medida en que haya competencia!** que las decisiones individuales se conviertan en Bienestar Social, en Bien Común.

Hace 227 años, esta idea de la Mano Invisible del Mercado era absolutamente incuestionable, expresaba de manera adecuada la realidad reinante en la actividad económica. Hoy tal vez esa noción fundamental pudiera ser revisada. Porque es muy difícil sostener en el siglo XXI lo que en el XVIII era una verdad generalmente aceptada: **que la**

**ética y la religión eran problemas estrictamente individuales, o más bien privados, en tanto que la esfera de lo público se resolvía en los planos de la política, la economía y el derecho!**

Hoy pareciera inevitable aceptar que la moral no sólo es un problema público, uno que atañe al conjunto de la sociedad, sino que ella -la moral- no puede ser garantizada por ningún mecanismo impersonal u objetivo, similar a la Mano Invisible del Mercado. Por una razón muy poderosa, porque en estos 227 años que nos separan de Adam Smith, ha ocurrido en el Capitalismo una transformación profunda que afecta directamente el papel que la ética puede jugar en la constitución de la sociedad: nos referimos, por supuesto, al incremento indecible del poder y, sobre todo, de la capacidad de acción consciente de la empresa capitalista; de lo que en el siglo XVIII era la pequeña empresa capitalista.

Hace 227 años el pequeño empresario individual simplemente aceptaba los precios, las tasas de interés o los salarios que el mercado le imponía! Él era, como tiene que ser en un mercado competitivo, un “precio-aceptante”, un *price-taker*. Nadie, individualmente, podía influir sobre los precios o la tasa de interés. Todos esos valores se conformaban de manera impersonal. Razón por la cual Smith les pone a todos el adjetivo “natural”. El precio natural, el salario natural, etc. Y, como resulta obvio, **en un proceso natural o impersonal, la ética no tiene cabida**. Es decir, la ética referida al sistema en su conjunto, no tiene cabida. Cada empresario tiene su moral, pero el sistema no requiere de ningún tipo de manejo consciente. Y si ello es así, si no es necesario tomar decisiones que afecten al conjunto, la ética está demás.

En el siglo XVIII, vale la pena repetirlo, la idea dominante era que, no sólo la economía, sino también el derecho, la política ¡y aun la propia ética! eran procesos naturales. Se creía todavía que existía algo así como una *Naturaleza Humana*. La noción esencial de que la moral y lo **humano** son dimensiones radicalmente distintas de lo **natural**, no estaba todavía

en el horizonte intelectual de Occidente. No al menos en el plano de la cultura más convencional. Kant y, sobre todo, Fichte, ya lo sabían, pero la naciente y entusiasta *ciencia social* no.

Ese rasgo esencial de la evolución de Occidente en estos últimos cruciales 200 años, esa expansión decisiva de la conciencia como el ente o la dimensión activa por excelencia dentro de los procesos sociales y humanos, esa tendencia profunda que atenta contra la *mano invisible del mercado* y que lleva a poner en primer plano a la ética, es hoy notoria en todos los terrenos:

**a) En el derecho**, por la primacía de la noción de derecho positivo sobre la que lo concebía como derecho natural. Y mucho más aún, por la noción de Derechos Humanos, que reinserta lo jurídico precisamente en la esfera de lo humano, es decir, de lo ético. Pero, sobre todo, por la relación entre las nociones de justicia y derecho, que hoy se empieza a replantear con fuerza.

**b) En la política**, por la influencia creciente de la democracia participativa, que tiende a incorporar efectivamente a las grandes masas en la toma de las decisiones que las afectan. Huelga decir, por supuesto, que tanto de la democracia participativa, como de la primacía de la justicia sobre el derecho que mencionamos en el punto anterior, hay una visión neocomunista -la que hoy se pretende imponer en Venezuela- y una visión perfectamente acorde con el desarrollo de la libertad individual, la iniciativa privada y el Estado de Derecho.

**c) En la economía**, con las decisiones conscientes y trascendentales que apuntan a la integración económica -piénsese en Alca, Nafta, Mercosur, la Unión Europea y, sobre todo, en el Euro, la primera moneda que surge como resultado de una decisión estrictamente humana, es decir, de una acción consciente. Procesos todos, en los cuales la dimensión moral salta del empresario individual al conjunto de la sociedad.

**Y, d) finalmente, lo más importante.** Contra la *mano invisible del mercado* atenta la comprensión creciente de que la moral no es un hecho natural, sino uno que depende, en lo esencial, de la capacidad o fuerza espiritual que puedan tener los seres humanos para hacer valer sus valores.